

843
M.

PQ2374

M2

V58

Es propiedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16- dup.º, bajo



UNA VIDA DEL DIABLO

PRIMERA PARTE

I

Allá por el año 1699 había en Arlés un hidalgo comendador de Malta llamado Antonio Quiquerán, señor de Beaujeu. Su castillo estaba situado cerca de las murallas de la ciudad, á un tiro de fusil de la margen izquierda del Ródano. Después de una vida aventurera y de innumerables hazañas en los combates librados por los caballeros de Malta contra tur-

cos y berberiscos, tras un largo cautiverio en la fortaleza de las Siete Torres, aquel valiente, seguro de haber pagado suficiente tributo á la defensa del cristianismo, cultivaba modestamente su jardín, temeroso de que el día menos pensado pluguiera á Dios sacarle de este mundo.

Tenía casi ochenta años, y, á pesar de las fatigas de su vida militar, su vejez no se resentía de ninguno de esos achaques propios del que ha combatido sin tregua. Hacía una sola comida al día, copiosa y abundante, la digería como si tuviera veinte años, andaba mucho, se mantenía tieso, y dormía cuatro horas cada noche, pero con sueño profundo y reparador.

Consagraba la mañana entera á su atavío, diciéndose que, después de haber descuidado el aderezo de su persona durante tantos años, tenía bien ganado el derecho de peinar á su gusto sus blancos bigotes.

Su estatura elevada y su majestuoso porte inspiraban respeto. Su genio era algo huraño y sombrío; pero jamás dejaba de socorrer á un mendigo, y repartía semanalmente más de cien libras de pan entre los pobres.

El anciano comendador tenía manías muy extrañas. Sólo había de oír misa en el convento de franciscanos; y aun allí, nunca entraba en la capilla: le sacaban un reclinatorio á la puerta, y arrodillado en él, con el rostro oculto entre las manos, permanecía todo el tiempo que duraba el oficio. Después se levantaba sin dar señales de emoción alguna, y paseaba un rato por las galerías acompañando á los frailes, de los cuales se despedía hasta el domingo siguiente.

El superior de la Orden le había ofrecido muchas

veces un asiento en el coro; pero Antonio Quiquerán le respondía invariablemente:

—Padre mío, dejadme rezar á mi manera. Un pecador como yo no es digno de sentarse al lado de personas tan piadosas como vosotros.

El superior había concluido por suponer que el señor de Beaujeu había hecho algún voto en medio de algún peligro marítimo, y que se humillaba en saludable penitencia. Por lo demás, el comendador no tenía confianza con nadie, ni se confesaba jamás, y el superior creyó un deber hablarle de ello. Entonces el anciano se enfadó.

—No me obliguéis á recordar todo lo que he sufrido en servicio de Dios. Si alguna vez lo sabéis, juzgaréis si entre vuestros catorce cantores de letanías hay alguno que haya hecho lo que yo.

—Tenéis razón—repuso el monje;—no quiero saber más. ¡Ojalá estuviera yo tan seguro de ir al Cielo como de que iréis vos!

—Por lo demás, no os apuréis—añadió el comendador;—ya os llamaré cuando llegue la hora de mi muerte.

Otra manía del señor de Beaujeu, muy comentada en Arlés, era la repugnancia que sentía por todo lo que se relacionaba con sus campañas. Al revés de la mayoría de los ancianos, que se deleitan con los recuerdos de su juventud. Antonio Quiquerán nunca contaba sus aventuras, evitando con gran cuidado todo lo que podía refrescar su memoria. Si alguna pregunta indiscreta le obligaba á recordar lo pasado, se irritaba, no tardando en dar á la conversación un giro que la llevara por distinto camino.

Su repugnancia llegaba hasta el punto de no querer saber nada de la marina real, y á no pasear ja-

más por las orillas del Ródano temiendo encontrar algún navío; sus uniformes y trofeos de armas estaban relegados en una sala donde nunca entraba; habría retirado muy gustoso la sal de su mesa, y cuando quería hablar en metáfora de algo siniestro y terrible, lo comparaba con el mar. Si algún barco subía hasta colocarse frente á su casa, no salía de ella; y si obligado por las circunstancias tenía que hacerlo, se valía de mil subterfugios para bajar por la escalinata de su castillo sin hallar ante sus miradas el espectáculo de los mástiles y la bandera. Los transeuntes se habían reído muchas veces viendo su disgusto, no faltando malas lenguas que asegurasen que había cometido alguna muerte en los tiempos en que dirigía las flotas de Malta. Sin embargo, cuando llegaba cada año el 1.º de Enero y el señor de Beaujeu iba á presentarse al gobernador de la provincia llevando en el cuello el collar de las Ordenes y sobre su pecho la cruz de San Juan de Jerusalén, no había un solo rostro que se riera, y nadie hubiera creído, al ver aquel semblante tranquilo y altivo, que un anciano tan pacífico como aquél pudiera tener remordimientos sepultados en el fondo de su corazón.

La biblioteca del señor de Beaujeu no era considerable. El *Plutarco*, de Amyot, y *Los grandes capitanes*, de Brantome: he ahí todos sus libros, que el buen hombre leía y releía continuamente. Su héroe predilecto era el famoso Lautrec. Meditaba mucho sobre la vida del marqués de Pescara, á fin de descubrir si tan gran hombre había manchado su gloria con la intención de hacer traición á su país. Por lo que toca á la historia de su patria, la sabía perfectamente; la había aprendido con las armas en la mano.

Un día que el comendador se paseaba por las

afueras de la ciudad y el viento Sudoeste soplabá con violencia, pudo verse á los lejos que los barcos surtos en el puerto se balanceaban incesantemente: tan agitadas estaban las aguas del Ródano cerca de la bahía. Pronto se oyó un toque de alarma indicando que un navío corría riesgo de perderse en los peligrosos canales de la Camarga. Todo el vecindario de Arlés y de las aldeas cercanas corrió al río para auxiliar al barco.

El comendador tendría, sin duda, buenas razones para contrariar por una vez sus costumbres, porque, en vez de evitar el espectáculo, como hacía generalmente, corrió al lugar del siniestro, y apenas llegó subió á un cerro donde se había reunido la gente del pueblo.

—He ahí un bergantín—decía un antiguo marinero—que, si no trae á bordo las reliquias de un santo, debe de tener por capitán á un demonio. Para haber entrado en el Ródano con este maldito tiempo, es preciso que no haya visto las señales que le han hecho al entrar en la desembocadura los empleados del rey. ¡Parece mentira que no se haya refugiado en la isla de Beaduc, donde debió guarecerse veinte veces! En este momento pasa rasando por los bancos de arena como si estuviera en medio del mar. ¡Mirad cómo franquea los peligrosos escollos con increíble facilidad! Pero lo que menos puedo comprender, es que la tripulación no haga maniobras. Los marineros están impasibles, el piloto está en el timón, y el barco parece moverse por arte de magia. Nunca ha entrado un bergantín de esa clase en aguas del Ródano: os repito que tiene que llevar á bordo un santo ó un diablo.

Una hora después el bergantín, fuera de peligro, navegaba con rapidez en dirección á la ciudad, co-

locándose resguardado del viento en el sitio más favorable.

—No hay santos ni reliquias á bordo—añadió el marinero que tanto hablaba:—veo turbantes.

Los que le oyeron hicieron la señal de la cruz, á fin de preservarse del maleficio que pudiera estar cerca. Pronto se destacó del bergatín un bote pequeño, que llegó á la orilla, y del cual descendió á tierra un turco tan delgado, tan ruin y mal vestido, que cuantos le vieron le acogieron con retumbantes risas. Tras las carcajadas vinieron las pullas. Los marineros de la bahía, viendo que el diabólico bergantín conducía á tan ridículo personaje, lanzaron al capitán todos esos graciosos apóstrofes en que tan rico es el vocabulario provenzal; pero, sea que él no entendiese el *patois* del país, sea que no se preocupase de tales sarcasmos, lo cierto es que el turco pasó entre dos filas de burlones, distraído y preocupado, como si una idea muy grave embargara su pensamiento. Llevaba una chaqueta raída, festoneada por el uso, y cuyos bordados, de oro en otro tiempo, estaban negros y enmohecidos ya; de sus rojos calzones salían dos pantorrillas tan delgadas, que apenas si se veía en ellas más que huesos y tendones. Los pies entraban y salían con gran facilidad en sus inmensas babuchas, que, á pesar de ser tan grandes, parecían estorbarle. El cinturón parecía más bien sujetar un paquete de trapos que un cuerpo humano, y bajo su turbante, envejecido por la edad, se descubría un rostro que por todas partes parecía perfil: tan descarnado y huesudo era. Unos ojos amarillos bajo cejas espesas y retorcidas sobre una nariz encorvada, diminuta y casi sin labios, componían un conjunto tan original en aquella fisonomía, que, más que de hombres, parecía de fantasma.

El turco llevaba en la cintura un grueso pistolete de mecha, con el cual era difícil atentar á la vida del prójimo, á menos de usarlo á modo de maza.

Al cabo de cierto tiempo pareció comprender al fin las burlas que provocaba su figura y su tocado, y aproximándose á un grupo de guasones sacó una bolsa bien rellena, y de ella una *genovesa*, que valía treinta y dos escudos franceses, dando vueltas á la moneda entre sus afilados dedos.

—*Buenos señores*—dijo con voz atiplada,—*mi venir á este hermoso país par comprar lindas mercancías; mi pagar contante: mi haber patente; mi ser honrado y rico; mi venir también par cobrar un pequeño crédito en esta ciudad.*

Las risas y las pullas cesaron, y aquella buena gente, quitándose el sombrero, ofreció sus servicios al capitán del bergantín con esa viveza natural de los meridionales, gritando todos á una:

—¿Tenéis necesidad de un criado que os guíe, monseñor? ¿Queréis que transporten vuestro equipaje? ¿Queréis que os lleven á casa del caballero que debe entregaros ese dinero?

—*¡Obligado! ¡Obligado!*—repetía el turco agitando las monedas de oro que tenía en la bolsa.—*Mi haber aquí todo mi equipaje; mi conocer bien la ciudad; mi haber vivido aquí en tiempo de Enrique IV; mi ver allá abajo la persona que me debe ese crédito Vu participar de esta genovesa por beber á mi salud.*

El turco colocó la moneda de oro en manos de un robusto mozo de cordel, el cual, procurando evitar la partición, echó á correr; y como la gente marchó tras él lanzando gritos y maldiciones, el capitán se vió libre de burlones y curiosos.

Aquella escena, que habría divertido á cualquiera,

parecía emocionar tristemente al señor de Beaujeu. El Comendador fruncía el entrecejo, y se tiraba de los bigotes con aspecto agitado; y cuando vió que el turco se dirigía á él se apoyó en su bastón como si las piernas se negasen á sostenerle. El capitán, deteniéndose ante él, le dijo con voz clara y sonora:

—Antonio Quiquerán, tienes tres días para cumplir tus compromisos; nada más.

—¿Quién sois?—preguntó el señor de Beaujeu.—No os conozco. ¿Qué compromisos puedo yo tener con un corsario ó un mercader de coral?

—Señor comendador—repuso el turco sonriendo,—no os doy vuestros títulos y distinciones con objeto de abreviar, porque el tiempo es preciso para vos. ¿Queréis perderlo en ridículas ceremonias? Sea como os plazca.

—No se trata de ceremonias. No finjáis no comprenderme.

—Y vos, señor comandante, ¿por qué fingís haber perdido la memoria? ¿No os acordáis de *Cora*, de aquel navío salvado por un prodigio? ¿No recordáis nuestras conferencias en vuestro calabazo de las Siete Torres? Si no me equivoco, hablamos de ciertos puntos, sobre los cuales tuve el honor de daros ciertas explicaciones.

—¡Basta!—interrumpió el comendador.—Dejad ese tono burlón, os lo suplico: de lo contrario, retiraos de mi presencia.

—Lo haré con gusto, Antonio Quiquerán; ya estás prevenido: tienes tres días.

El turco hizo una pirueta sobre sus babuchas, y se dirigió á la ciudad; el señor de Beaujeu permaneció sumido en sus reflexiones durante un cuarto de hora, y después exclamó:

—Sabré si todo esto es cierto, ó hay quien se burle de mi credulidad. ¡Ha llegado el momento de salir de mi incertidumbre!

Y el comendador, dirigiéndose al convento de los franciscanos, preguntó por el padre prior.

—Padre mío—le dijo,—hace diez años que me honráis con vuestra amistad, y habéis sido tan bueno, que habéis excusado mis rarezas y no habéis querido descubrir mis secretos. Yo os lo agradezco mucho, y os debo una explicación; pero, en primer lugar, necesito que me prestéis un servicio. Antes de morir, quiero acercarme al Señor y pedirle su gracia. Os suplico que digáis una misa para mí solo en la capilla de vuestro convento, y después recibiréis mi confesión.

—Hijo mío—repuso el superior,—sois un valiente soldado de Dios, y siempre os he tenido por buen cristiano: vuestras rarezas serán dispensadas; vuestros pecados, perdonados. Habéis tomado hoy una resolución prudente, haciendo al fin lo que he esperado por tantos años. El Señor os tiende los brazos; no lo dudéis.

—¡Que el Cielo os oiga!—repuso el comendador suspirando.—La duda es lo que me mata; pero voy á ver en qué estado está mi alma.

El prior llamó al sacristán y á uno de los niños del coro, que abrieron la puerta de la capilla, y el señor de Beaujeu se apoyó en el pilar más próximo al altar mientras hacían los preparativos para la misa.

El semblante del anciano marino denotaba profunda emoción; gruesas gotas de sudor corrían de su frente, y las enxugó, procurando ocultar el rostro con el pañuelo. Pronto salió el prior revestido de casulla

y estola y acompañado del niño de coro, que llevaba el vino. El señor de Beaujeu se puso de rodillas, y empezó la misa. La pena del comendador pareció disiparse á las primeras palabras; desapareció la tirantez de su semblante, y sus miradas se fijaron en el tabernáculo, primero con timidez, después con más unción y confianza. Las palabras del oficiante y las respuestas del niño parecían una música celeste llena de infinitas delicias; sus ojos se preñaron de lágrimas, y murmuró á media voz:

—¿Es posible, Dios mío, que aún os dignéis recibirme en vuestros brazos?

Y el señor de Beaujeu, prosternándose en el suelo, permaneció inmóvil como una estatua. Antes de que el oficio llegara á la oblación, el sacerdote se agitó como si la pena que dominara poco antes el espíritu del comendador hubiera pasado al suyo: palideció su rostro, se alteró su voz, y por dos veces, al alzar la hostia, la dejó caer al pie del cáliz. Cuando iba á consumir el sacrificio de la Eucaristía, la voz se anudó en su garganta, y en lugar de decir las palabras *hoc est enim corpus meum*, lanzó un doloroso grito. Sobrecogido de temor, anhelante, el sacerdote se volvió, y apoyando un codo sobre el altar dijo al niño de coro:

—Una persona extraña al convento ha entrado aquí: búscala, y hazla salir.

El niño registró toda la capilla; pero no halló á nadie.

—En ese caso, es falta mía; pero ¿qué crimen puedo haber cometido yo, Dios mío?—exclamó el sacerdote.

Procuró llevar á cabo el oficio divino; pero un golpe de viento apagó los cirios, y se oyeron voces confusas. Quiso pronunciar las palabras sacramentales,

y, á pesar suyo, salió de sus labios una maldición que le dejó horrorizado.

Entonces el sacerdote, descendiendo de las gradas del altar, se acercó al comendador:

—¡Aquí hay un hombre maldito de Dios!—dijo.—¿Sois vos, hijo mío?

El señor de Beaujeu, con el rostro pegado al suelo, no respondió. El sacerdote quiso levantarle; pero el comendador se había desmayado.

II

Unos momentos después de aquel desvanecimiento, el señor de Beaujeu se paseaba dando grandes pasos por la celda del padre prior. Es indudable que si la escena ocurrida en la iglesia no hubiera despertado la curiosidad del niño de coro, difícilmente podríamos saber lo que dijo en su confesión. En tanto que el sacristán y los legos ayudaban á socorrer al señor de Beaujeu transportándole á la celda del prior, el niño se escondía en la librería detrás de una fila de enormes folios, y desde su escondite pudo ver y oír todos los detalles de la conferencia.

El anciano comendador estaba muy exaltado; el piso de la celda temblaba bajo el peso de su cuerpo, y á cada paso que daba la espada chocaba en sus botas, y él se mordía los bigotes. Toda su persona ofrecía un terrible aspecto, y en sus apasionados gestos se veía el combate que se libraba entre la desesperación y la energía de su carácter.

—Puesto que mi desgracia es irremediable—decía,

—la sufriré; pero quiero salvar al menos mi reputación, ya que no pueda salvar mi alma. Tendré un fin ejemplar; á fuerza de buenas obras haré que el Cielo se avergüence de su rigor. ¡Fuera de vuestra presencia y vuestros consuelos, nada me faltará, Dios mío!

Después, dándose un puñetazo en el pecho, el anciano continuó:

—¿Es que hay faltas irredimibles, Señor?

—Hijo mío, confíadme el secreto que os agobia—dijo el superior;—así sabremos si el mal es irremediable.

El comendador se arrojó en un sillón, y después de taparse los ojos, á fin de concentrar su pensamiento, empezó el relato siguiente:

—Era el año 1660; hacía trece que había guerra en Candía, cuando supimos que el sultán Mohamed IV preparaba una nueva expedición contra aquella desgraciada isla. Yo mandaba cinco navíos magníficos tripulados por gente valerosa y abnegada, la flor de los caballeros de Malta. El gran maestre me ordenó salir al Archipiélago y estar en observación, á fin de avisarle cuando se aproximara la flota turca. El día 2 de Mayo, teniendo á la vista la isla de Paros, observé que se preparaba una violenta tempestad, y, previendo que no tendría tiempo de llegar á un puerto, procuré alejarme de las costas. La tempestad se inició muy pronto. Nunca he visto una tan formidable. Durante veinticuatro horas fuimos juguete de los vientos; pero no nos separamos: mis cinco navíos maniobraron con rara perfección. Sólo uno, dirigido por el caballero de Flosville, se separó por espacio de unas cuantas horas; pero al caer la tarde volvió de nuevo, llevando una noticia que me alarmó: la flota otomana estaba á unas cuantas millas de allí. Llegó

la noche, muy sombría por cierto, y á favor de las tinieblas creí ocultarme á las miradas del enemigo. Apagué todos los fuegos, y me dirigí con precaución al puertecillo de Cora, donde veíamos brillar un faro.

"Mi esperanza fué vana. A pesar de la obscuridad, vi una galera turca tan cerca de una de mis naves, que no dudé que nos habían visto. La tormenta daba ocupación bastante al turco para que no se cuidara de nosotros: tampoco sabía el número de naves que componían mi escuadra, y sólo podía haber librado un combate parcial, en el cual sus fuerzas habrían corrido muchos peligros. Al ser de día comprendí la situación. El mar estaba cubierto de velas enemigas: conté cuarenta. A pesar de la tempestad, que las había dispersado, se reunían lentamente; y al ver las señales de la nave capitana, comprendí que intentaban rodearme.

"Mazamamet mandaba aquella numerosa flota, y yo conocía ya su valor y determinación por haberle hallado en otros combates. Sin vacilar tomé mi resolución, y fuimos derechos á Cora, donde entramos sin accidente. Desplegué mis naves, presentando un aspecto belicoso que hubiera intimidado á otro que no fuera Mazamamet. Si el puerto hubiera sido mejor, no me habría intimidado su superioridad en número, porque nosotros la teníamos en las armas; mis caballeros y marineros eran todos jóvenes intrépidos y aguerridos en la lucha; mi artillería era excelente, y el enemigo sólo podía atacarnos con la cuarta parte de su fuerza, dada nuestra posición favorable.

"El 3 de Mayo, á las nueve de la mañana, empezó el fuego. Tres navíos turcos colocados á la entrada del puerto nos enviaron una descarga, que no nos alcanzó, y á la cual ni siquiera nos dignamos responder.

Una galera enemiga quiso forzar el paso arrojándose entre mis naves; pero una descarga la hizo retroceder, y la echó á pique. Mazamamet hizo avanzar á las chalupas cañoneras. Tantos fueron los proyectiles, que al fin nos alcanzaron; y entonces, poniendo en juego mi artillería, se entabló un terrible combate.

"Dos de mis naves vomitaban una nube de balas, y las otras tres respondían á las bombas de Mazamamet. Pasó el primer día sin que mi flota sufriese grades averías; pero la noche fué cruel, y la tempestad se repitió. El muelle de Cora era insuficiente para contener el impulso de las aguas. Esperé el día con una ansiedad que jamás olvidaré, temiendo ver que mis propias naves chocaban entre sí; oía los gritos de la tripulación y las explosiones de la artillería sucediéndose sin interrupción. Hice desmontar algunas piezas de cañón, que fueron colocadas en el muelle, y aunque aquella batería causó multitud de bajas al enemigo, le inspiró la idea de destruir el muelle, medio ruinoso ya; cosa perjudicial para nosotros.

"Al terminar el segundo día, mi nave capitana tenía varios mástiles rotos, y otras dos se hallaban en mal estado, habiendo perdido mucha gente. A las ocho cesó el fuego. Aproveché aquel momento para reparar averías y pasar revista á la tripulación. No puedo describiros el sangriento espectáculo que se ofreció á mis ojos. Aquellos valientes marinos, olvidando sus heridas, suplicaban á sus camaradas que no se cuidasen de ellos y siguieran el combate. Prometí morir con ellos; pero al volver á mi barco llevaba la desesperación en el alma.

El comandante se interrumpió al llegar á este punto:

—Padre mío—añadió después de un corto silencio,—lo que me resta que contaros parecerá increíble á muchas personas: yo mismo he dudado por mucho tiempo si fué ilusión de mis sentidos, creyendo que las apariciones eran simplemente producto de mi fantasía. Esta mañana he sabido que son otra cosa en ciertas ocasiones.

—Acabad, hijo mío—dijo el prior.

—A las once de la noche la mitad de mi gente se preparó para morir combatiendo, y yo pedí á Dios que me enviara la primera bala que tirase el enemigo, ó que salvara mi flota por un milagro. De repente vi ante mí un personaje desconocido, que no formaba parte de mi tripulación. Vestía un largo ropón negro; su rostro, de expresión indefinible, en el cual se mezclaban la tristeza y la altivez, tenía, sin embargo, un no sé qué de malvado. Sus grandes ojos me miraban con dulzura y compasión; pero sus labios sonreían, como si el desdén acompañara á la compasión con que me honraba. Apoyado en la bafaustrada de mi barco en una actitud noble, me dijo con lastimera voz:

"—Vengo á anunciarte una triste noticia, Antonio Quiquerán: asistirás á la destrucción de tus naves.

"—¿No queda otro recurso?—pregunté al desconocido.

"Este movió su hermosa cabeza con melancolía, y yo creí tener ante mí el genio fúnebre que suelen colocar algunos escultores en los sepulcros.

"—¡Dios mío!—exclamé retorciéndome los brazos.—¡Aceptad por lo menos el sacrificio de mi vida!

"—No la quiero—repuso el desconocido.—Sobrevivirás á tus compañeros; pero ¿qué responderás cuan-

do el gran maestre te pregunte qué has hecho de las cinco naves y de los mil quinientos hombres que combatían bajo tus órdenes?

"—¡Antes de sufrir tal suplicio, creo que me mataré!—dije.

"—¡Matarte! Eso sería la mayor necedad que podrías cometer. El suicidio te llevaría derecho al Infierno, en tanto que, exponiendo un poco tu alma puedes salvar á tus compañeros y entrar triunfante en Malta. Ya que has de condenarte, que sea con provecho y honra.

"—Hace una hora que ruego á Dios, y no le pido tanto—dije.

"—No es á *El* á quien debes dirigir tus plegarias—añadió el desconocido;—no quiere escucharlas. Y el tiempo apremia: procura llamar al *otro*, que tal vez sea más complaciente.

"—¿El *otro*? ¿Quién es?; ¿dónde hallarle?; ¿qué exigirá de mí?

"—Está ante tus ojos: desde este momento puedes salvar tus naves, y después, con habilidad, tal vez salves tu alma.

"—En ese caso, ¿eres el Demonio?

"—Llámame como quieras; pero observa las consideraciones que guardo contigo: consideraciones que, ciertamente, no tengo con los infelices que se me entregan continuamente.

"—Te agradezco el aviso—repuse.—Abusas de la posición crítica de un marino reducido á la desesperación, que no titubeará en sacrificarse por salvar á sus compañeros de infortunio.

"—;He ahí la vanidad!—agregó el desconocido.—Tu abnegación es heroica, en efecto; pero estás en un error si crees que la Historia no ofrece ejemplos

semejantes. Tengo en mis libros una lista inmensa, y además, no soy ese ente despreciable, ese monstruo espantoso inventado por las comadres y los hombres pusilánimes.

"—El que me ha arrojado al abismo podrá salvarme con un milagro—dije.—;El tiene poder para hacer brillar su omnipotencia!

"—No te exaltes—repuso el Demonio.—Después de Juana de Arco, no han vuelto á hacerse más milagros: además, no eres una pastorcilla guardando sus ganados. ¿Te gusta leer la historia del marqués de Pescara? Pues bien; ese modelo es el que debes tomar. Yo le aconsejé que hiciera traición á Carlos V guardando para sí el Milanesado, cuya conquista era legalmente suya; pero quiso obrar así sin contar conmigo, y eso le perdió. Me vengué dejándole obrar con los débiles medios del hombre, y perdió á la vez la gloria y la confianza del emperador. Si te contara en cuántos acontecimientos ha influido mi mediación, te sorprenderías—añadió el aparecido observando señales de curiosidad en mi rostro; después, bajando la voz, continuó;

"—Aún vive un gran capitán que pasa por ser uno de los hombres más hábiles y afortunados en la guerra; debes de conocerle: el mariscal Abraham Fabert.

"Yo conocía, en efecto, al mariscal, habiendo hecho amistad con él cuando era coronel; y aunque había oído atribuir sus triunfos á la magia, me reía de tan ridículas fábulas, sabiendo que nada se parece tanto á los sortilegios como las conquistas del genio. Siempre creí que aquella magia consistía sólo en el valor y el talento de Fabert. El aparecido me dió una porción de detalles sobre hechos gloriosos del mariscal que, en realidad eran incomprensibles.

"—¿Y puedo saber cuáles fueron las ventajas que el mariscal obtuvo en su trato contigo?—pregunté.

"—Veinticinco años de gran suerte militar: mantuve mi palabra, porque, como acabo de decirte, desde que hicimos el trato jamás perdió una batalla.

"—Está bien; pero ¿con qué condiciones?

"—Una muy sencilla: que al cabo de esos veinticinco años me entregara en su lugar otra persona, si no quería entregarse él.

"—¿Y ha llegado ya ese tiempo?

"—Termina el plazo este año. La retirada de Maguncia ocurrió en 1635, y estamos en 1660.

"—¿Y crees que el mariscal puede complacerte?

"—Sí, toda vez que tiene grandes admiradores: muchos militares querrían adquirir su fortuna á cualquier precio. Sin embargo, es envidioso, y antes de ceder su gloria y su fortuna á otro oficial, es capaz de perecer: si le encuentro en tal disposición, quedaré tan complacido, que le daré dos años más, y al fin de ellos partiremos juntos.

"—¿A quién podrá darte en su lugar?

"—A cualquiera: un amigo fiel, un criado, un hermano, un hijo, una querida...

"—¿Habrás hombre tan cobarde que deje perecer en su lugar á un ser querido? No; estoy seguro de que Fabert jamás cometerá tan negro crimen: lo sabes bien, y por eso le has tratado con tanta generosidad.

"—Aún te trataré á ti más generosamente, Antonio Quiquerán—me dijo aquel ser misterioso:—en vez de veinticinco años, te doy treinta. Piensa, pues. Entre esos caballeros, que mañana morirán á tu lado, hay muchos que tienen el alma en tal estado, que, en realidad, no pueden ir al Paraíso. Ya ves: por complacerte, me arriesgo á perder su alma. Di una pa-

labra, y vivirán: tú los salvas, coronándote de gloria, y de aquí á treinta años, uno tal vez de ellos, ó algún otro de sus servidores, dándose á mí por rescatarte, no lo pasará peor que si muriera mañana.

"Gritos desgarradores salían del fondo de mi nave; los heridos parecían querer unir sus lamentos á los sofismas del tentador; mi corazón se debilitaba por momentos, y estaba pronto á entregarme. Sin embargo, no firmé aquel pacto: si lo hubiera hecho, habría sucumbido, al menos, por mis compañeros. Pero el enemigo de las almas debía triunfar de la mía por consideraciones menos nobles. Creyéndome superior á él, me reconcentré un momento dentro de mí, y le dije:

"—¡Retírate, Satanás!

"El Demonio, como si hubiera adivinado mi pensamiento, desapareció; yo me dormí en mi banco, y al despertar creí haber soñado todo lo que acabo de relataros.

"El combate volvió á reanudarse antes de amanecer; y aunque busqué la muerte, no quiso tocarme una bala. Entre mis hombres hubo novecientos que tuvieron la dicha de perecer, y el resto se rindió á discreción. Yo mismo, cargado de cadenas, fui sepultado en la cala de la capitana turca, donde devoré mi rabia mientras mis desventurados compañeros dormían en torno mío. Poco después volví á ver al aparecido de la noche anterior, con el mismo ropaje y la misma expresión melancólica.

"—¿Vienes á gozarte en mi desdicha?—le pregunté.

"El aparecido guardó silencio.

"—¿Generoso extranjero—le dije con amargura,—mira á qué extremo me veo reducido por no aceptar tus servicios! ¡Moriré encadenado; pero iré á Dios!

"—¿El?—exclamó el Demonio con risa siniestra.— ¿Aún no has comprendido que te abandona, á pesar de que combatías por El con tanta abnegación? Ya que te burlas de mi generosidad, voy á confundirte en un instante siendo más generoso de lo que te atreverías á esperar. Van á caer tus cadenas, y haré por ti lo que jamás hará Ese cuyo nombre acabas de pronunciar hace un instante.

"Como yo había oído decir que el Demonio nunca presta un servicio gratis, empezaba á creer que era sólo una bravata, cuando los movimientos del barco y los choques que sentía me hicieron comprender que empezaba otra tempestad. En efecto; jamás he visto una tan terrible. Las tripulaciones turcas, creyéndose perdidas, no quisieron maniobrar; al cabo de una hora el Bajá en persona, acompañado de varios oficiales y un hombre con una antorcha, se presentó delante de mí.

"—Comendador Quiquerán—me dijo,—los furoros del tiempo deben hacernos olvidar los de la guerra. Mis naves van á perecer como las tuyas: unámonos para luchar con los elementos. Sé que eres el marino más sabio de todo el Mediterráneo: sube á cubierta conmigo, toma el mando de este navío y de la flota entera, y si consigues sacarnos de este peligro, te devolveremos la libertad.

"—¿Qué haré de mi libertad si no tengo mis naves ni mi tripulación?—repuse.—¿Tal vez sería mejor que el mar nos sepultara juntos!

"—Escucha—repuso Mazamamet:—mi amo, el Sultán, no aprobaría que te devolviera las naves después de conquistadas; pero me quedaré sólo con cuatro, y te devolveré una, en la cual podrás partir.

"—Acepto—repuse;—pero, en vez de marchar yo,

permaneceré prisionero, y que parta en mi lugar el caballero de Flosville con su nave, á fin de anunciar al gran maestro la vergüenza y el deshonor de Antonio Quiquerán.

"Quitarónme las ligaduras, subí á cubierta, y dirigí las maniobras, que Mazamamet traducía en lengua turca á la tripulación. El capitán había cometido grandes faltas, que yo procuré reparar sacándole del peligro, y cuando aparecieron las tintas de la aurora no faltaba un solo barco.

"Mazamamet, fiel á su palabra, dió libertad al caballero de Flosville con toda su tripulación, el cual partió á Malta después de abrazarnos, y yo volví á mis cadenas. Apenas me hallé en la cala, volví á ver al aparecido ante mí.

"—Con esta simple muestra, has visto lo que puedo hacer por ti—me dijo.

"—No te jactes—repuse:—el Dios por quien combato es el que ha salvado una de mis naves; sólo confío en El.

"—Olvidas que estoy en mi terreno entre estos crédulos, que soy yo quien les inspira mi voluntad, y que sólo depende de mí el que se les ocurra matarte.

—¿Pues hazlo—dije con cólera;—te desafío á que me prestes tan señalado servicio!

"El aparecido empezó á reír.

"—¿Qué modesto eres! Podría demostrarte que yo soy el inventor de ese accidente inesperado, haciéndote ver que yo solo soy quien reina aquí; pero haré algo mejor. Ese mérito y esa reputación de que gozas, van á hundirte en un abismo: veremos si Ese en quien confías te tiende la mano. ¡Adiós, Quiquerán; cuando vuelva, espero que habrás dominado un poco tu intratable altivez!